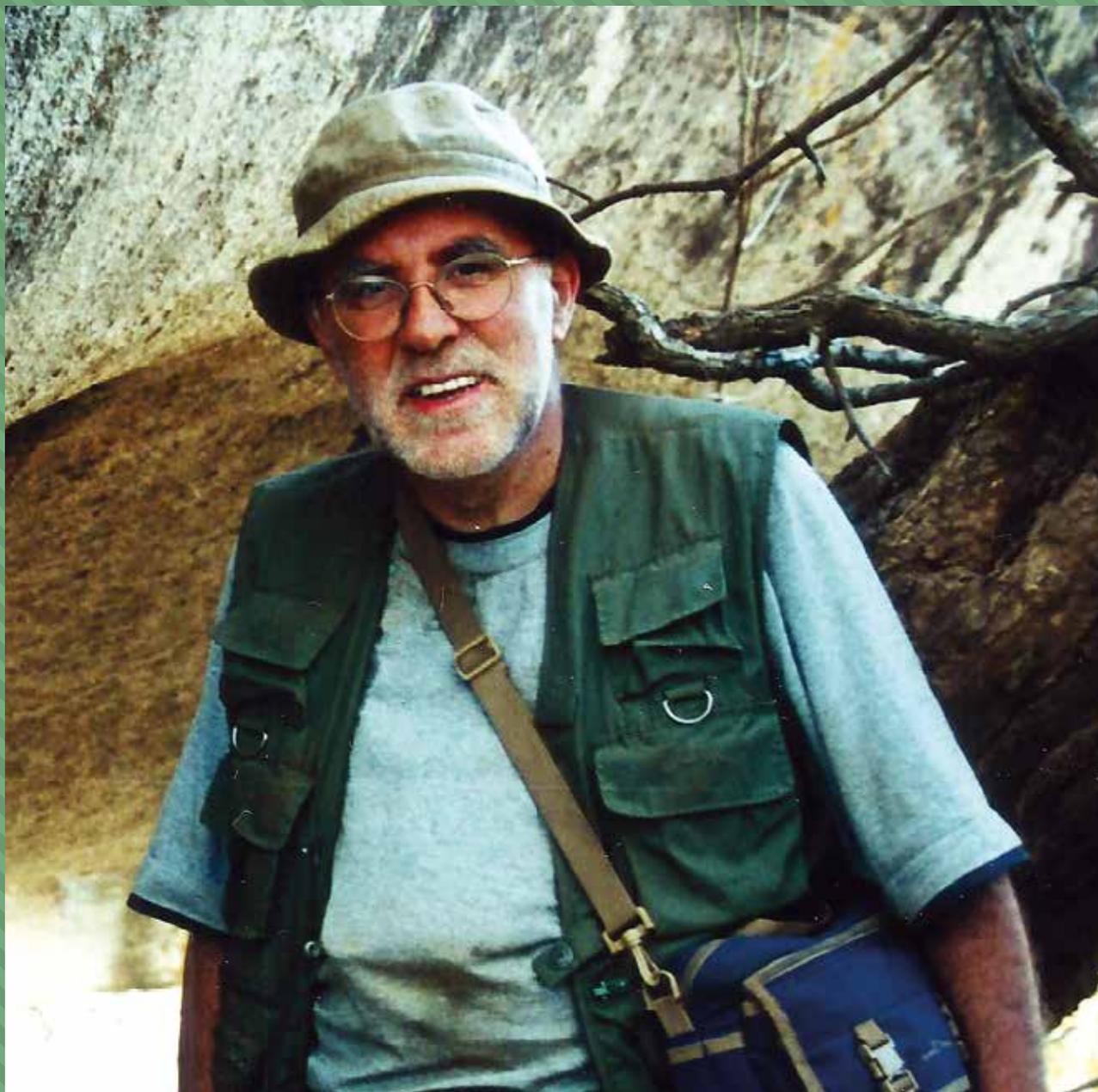


ANEJOS DE

na:ilos

Estudios
Interdisciplinarios
de Arqueología



A6

Mayo 2020
OVIEDO

Anejos de NAILOS
Número 6
Oviedo, 2020
ISSN 2341-3573

Asociación de
Profesionales
Independientes de la
Arqueología de
Asturias

Anejos de
Nailos
Estudios Interdisciplinarios
de Arqueología

**Jornadas de Arqueología Española
en el Exterior**
**Víctor M.
Fernández Martínez,**
arqueólogo africanista

Fructuoso Díaz García
Juan R. Muñoz Álvarez
(coordinadores)

Oviedo, 2020



ANEJOS DE  **na:los**

Estudios
Interdisciplinarios
de Arqueología



Consejo Asesor

José Bettencourt
Universidade Nova de Lisboa

Rebeca Blanco-Rotea
*Universidade de Minho /
Universidad de Santiago de
Compostela*

Miriam Cubas Morera
Universidad de York

Camila Gianotti
*Universidad de la República
(Udelar)*

Adolfo Fernández
Fernández
Universidad de Vigo

Manuel Fernández-Götz
University of Edinburgh

Juan José Ibáñez Estévez
*Institución Milá i Fontanals,
CSIC*

Juan José Larrea Conde
Universidad del País Vasco

José María Martín Civantos
Universidad de Granada

Aitor Ruiz Redondo
Université de Bordeaux

Ignacio Rodríguez Temiño
Junta de Andalucía

José Carlos Sánchez Pardo
*Universidad de Santiago de
Compostela*

David Santamaría Álvarez
Arqueólogo

Consejo Editorial

Alejandro García Álvarez-Busto
Universidad de Oviedo

César García de Castro Valdés
Museo Arqueológico de Asturias

María González-Pumariega Solís
Gobierno del Principado de Asturias

Carlos Marín Suárez
Universidad de la República, Uruguay

Andrés Menéndez Blanco
Arqueólogo

Sergio Ríos González
Arqueólogo

Patricia Suárez Manjón
Arqueóloga

José Antonio Fernández
de Córdoba Pérez
*Secretario
Arqueólogo*

Fructuoso Díaz García
Director

Fundación Municipal de Cultura de Siero



FACULTAD DE TEOLOGÍA
de SAN ESTEBAN



GRANHOTEL ESPAÑA
☆☆☆

EL COMERCIO

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE ASTURIAS



OVIEDO
AYUNTAMIENTO

En recuerdo de
Juan Antonio Fernández-Tresguerres Velasco
(1941-2011)

nailos

Estudios
Interdisciplinares
de Arqueología

ISSN 2340-9126
e-ISSN 2341-1074
C/ Naranjo de Bulnes 2, 2º B
33012, Oviedo
secretario@nailos.org
www.nailos.org

Anejos de NAILOS nº 6. Mayo de 2020
© Los autores

Edita:
Asociación de Profesionales
Independientes de la Arqueología
de Asturias (APIAA).
Hotel de Asociaciones Santullano.
Avenida Joaquín Costa nº 48.
33011. Oviedo.
apia.asturias@gmail.com
www.asociacionapiaa.com

Lugar de edición: Oviedo
Depósito legal: AS-01572-2013



CC BY-NC-ND 4.0 ES

Se permite la reproducción de los artículos, la cita y la utilización de sus contenidos siempre con la mención de la autoría y de la procedencia.

NAILOS: Estudios Interdisciplinares de Arqueología es una publicación científica de periodicidad anual, arbitrada por pares ciegos, promovida por la Asociación de Profesionales Independientes de la Arqueología de Asturias (APIAA)

Bases de datos que indizan la revista | Bielefeld Academic Search Engine (BASE); Biblioteca Nacional de España; CAPES; CARHUS Plus+ 2014; Catàleg Col·lectiu de les Universitats de Catalunya (CCUC); Catalogo Italiano dei Periodici (ACNP); CiteFactor; Copac; Dialnet; Directory of Open Access Journals (DOAJ); Dulcinea; Elektronische Zeitschriftenbibliothek (EZB); ERIH PLUS; Geoscience e-Journals; Interclassica; ISOC; Latindex; MIAR; NewJour; REBIUN; Regesta Imperii (RI); Sherpa/Romeo; SUDOC; SUNGAT; Ulrich's-ProQuest; Worldcat; ZDB-network

Sumario



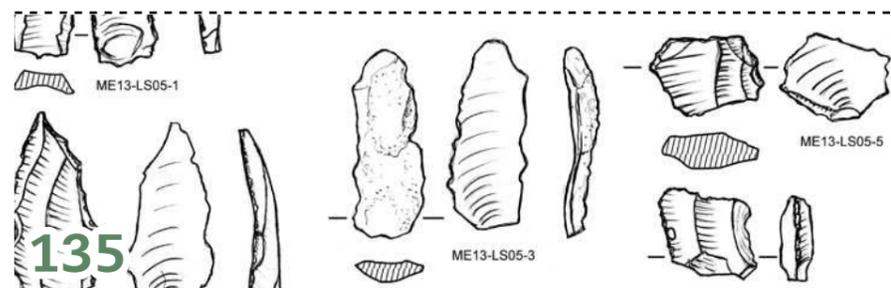
Presentación Fructuoso Díaz García y Juan R. Muñiz Álvarez	13
Gonzalo Ruiz Zapatero <i>La influencia de un arqueólogo: Víctor M. Fernández Martínez, una aproximación cercana y compartida</i>	19-62
Oscar Moro Abadía <i>A vueltas con la idea de 'progreso' en arqueología: una reflexión crítica desde la filosofía y la epistemología</i>	65-81
Carlos Cañete <i>Una historia personal del africanismo</i>	83-102
Marisa Ruiz-Gálvez Priego <i>Comercio swahili en el norte de Mozambique</i>	103-133
Alfredo González-Ruibal <i>Arqueología del Estado y de la resistencia entre Sudán y Etiopía</i>	135-157
Jorge de Torres Rodríguez <i>Built on diversity: Statehood in Medieval Somaliland (12th-16th centuries AD)</i>	159-191
Jaime Almansa Sánchez <i>Una experiencia de divulgación orientada a alumnos de primaria en Etiopía</i>	193-215

Sumario



Jesús F. Jordá Pardo y Marina González Fernández <i>Un ejemplar de Margaritifera auricularia (Spengler, 1973) procedente del poblado ibérico del Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real, España)</i>	217-227
Ignacio de la Torre, Alfonso Benito-Calvo y Rafael Mora <i>Archaeological surveys in Tendaho (Lower Awash, Afar Regional State, Ethiopia)</i>	229-242
Salomé Zurinaga Fernández-Toribio <i>Un paleoantropólogo en Nubia: Emiliano Aguirre Enríquez y la campaña de salvamento de la Unesco en Argin, Sudán</i>	245-273
Mario Menéndez Fernández <i>Un siglo de investigaciones arqueológicas en la cueva del Buxu (Cangas de Onís, Asturias)</i>	275-291
M ^a Cruz Cardete del Olmo <i>Construyendo paisaje, deconstruyendo naturaleza: la desnaturalización de la cultura en el siglo XXI</i>	293-313
Víctor M. Fernández Martínez <i>África y la arqueología, cuarenta años después: una memoria personal</i>	315-337
<i>Bibliografía del arqueólogo Víctor Manuel Fernández Martínez</i>	339-369

Summary



Presentation Fructuoso Díaz García y Juan R. Muñiz Álvarez	13
Gonzalo Ruiz Zapatero The influence of an archaeologist: Victor M. Fernández Martínez, a close and shared approach	19-62
Oscar Moro Abadía Thinking about 'Progress' in Archaeology: Some Critical Thoughts from a Philosophical and Epistemological Viewpoint	65-81
Carlos Cañete A Personal History of Africanism	83-102
Marisa Ruiz-Gálvez Priego Swahili trade in Northern Mozambique	103-133
Alfredo González-Ruibal Archaeology of State and resistance between Sudan and Ethiopia	135-157
Jorge de Torres Rodríguez Built on diversity: Statehood in Medieval Somaliland (12th-16th centuries AD)	159-191
Jaime Almansa Sánchez An outreach experience for school children in Ethiopia	193-215

Summary



Jesús F. Jordá Pardo y Marina González Fernández A specimen of <i>Margaritifera auricularia</i> (Spengler, 1973) from the Iberian settlement of Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real, Spain)	217-227
Ignacio de la Torre, Alfonso Benito-Calvo y Rafael Mora Archaeological surveys in Tendaho (Lower Awash, Afar Regional State, Ethiopia)	229-242
Salomé Zurinaga Fernández-Toribio A paleoanthropologist in Nubia: Emiliano Aguirre Enríquez and the Unesco Salvage Campaign in Argin, Sudan	245-273
Mario Menéndez Fernández A Century of Archaeological Investigations in El Buxu Cave (Cangas de Onís, Asturias)	275-291
M ^a Cruz Cardete del Olmo Building landscape, deconstructing nature: the denaturalization of culture in the 21st century	293-313
Víctor M. Fernández Martínez Africa and Archaeology, forty years after: a personal memory	315-337
List of publications by archaeologist Víctor Manuel Fernández Martínez	339-369



12

Construyendo paisaje, deconstruyendo naturaleza: la desnaturalización de la cultura en el siglo XXI

Mª Cruz Cardete del Olmo

Resumen

El paisaje no es equiparable a naturaleza, sino una compleja y cambiante construcción cultural que, para ser comprendido en todas sus dimensiones históricas (sociales, políticas, económicas, religiosas, etc.) tiene que ser desnaturalizado, es decir, comprendido como una construcción y no como algo dado y difícilmente modificable. Este artículo presenta el concepto de paisaje desde postulados propios de las arqueologías postprocesuales para incidir en las posibilidades de análisis que ofrece el concepto y en los retos científicos que supone dicho análisis.

Palabras clave: paisaje; desnaturalización; discurso; naturaleza; cultura

Abstract

Landscape is not comparable to nature, but a complex and changing cultural construction. If we want to understand landscape in all its historical dimensions (social, political, economic, religious and so on), it has to be denaturalised, that is, landscape must be understood as a construction and not as something given and hardly modifiable. This article presents the concept of landscape from postulates developed by post-processual archaeologies to think about some possibilities of analysis that the concept offers and think about different scientific challenges that this analysis means.

Keywords: landscape; denaturalization; discourse; nature; culture

A modo de introducción: en homenaje a Víctor Fernández

Conocí a Víctor Fernández hace ya muchos años gracias a uno de sus libros, *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado* (Barcelona, 2006). Una revista me había pedido una reseña del mismo y como el tema me pareció fascinante, y conocía de oídas y de alguna lectura anterior al autor, acepté el encargo. Nunca me ha alegrado tanto de haber hecho una reseña. El libro me atrapó, sentí que reflejaba mi visión de la arqueología mejor de lo que yo misma podría haber hecho y que por todo ello tenía que conocer en persona al autor y declararle mi admiración. Así lo hice y comencé

Mª Cruz Cardete del Olmo: UCM



con Víctor una relación que derivó de la Arqueología hacia la literatura, de la que ambos somos rendidos admiradores y a la que seguimos fieles a pesar del, por momentos, imposible ritmo de trabajo. Después de todo este tiempo y todas las conversaciones que hemos compartido, de todos los libros que nos hemos recomendado y todo lo que he podido aprender de él, creo que Víctor merece sin dudarle un homenaje. Contribuir a él con lo que nos unió, la teoría arqueológica e histórica, es todo un honor.

1. Paisaje: construcción y deconstrucción del concepto

El paisaje NO es natural, ni exclusivamente visual ni especialmente estético. Sin embargo, tan arraigado está lo contrario en nuestra cultura que el Diccionario de la Real Academia define al paisaje, en una de sus acepciones, como «Espacio natural admirable por su aspecto artístico», siendo las otras dos concomitantes: «Parte de un territorio que puede ser observada desde un determinado lugar» o «Pintura o dibujo que representa un paisaje»¹.

Si recurrimos a Google y a la Wikipedia, los dos referentes cibernéticos básicos de la sociedad moderna, el resultado es muy similar. Para la Wikipedia el concepto de paisaje es «la extensión de terreno que se ve desde un lugar o sitio» y «se utiliza de manera diferente por varios campos de estudio, aunque todos los usos del término llevan implícita la existencia de un sujeto observador (el que visualiza) y de un objeto observado (el terreno), del que se destacan fundamentalmente sus cualidades visuales, espaciales y la hermosura de sus medios»².

Por su parte, las imágenes que ofrece Google para paisaje se relacionan en su mayor parte con espacios naturales de gran valor estético y, aparentemente, ajenos a la acción (incluso a la presencia) humana³.

¿Ha sido siempre así? ¿Todas las sociedades conciben el paisaje como algo externo, dado y, en definitiva, «natural»? No todas, desde luego, pero sí muchas y, sobre todo, la nuestra. En la cultura occidental moderna la civilización es capaz de controlar a la Naturaleza porque, mientras que la civilización es urbana, racional, masculina y constructora, la Naturaleza puede equipararse con lo rural, irracional, femenino y destructor (Bender 2002:105; Classen 2005; Cosgrove 1985:46-55; Harley 1992; Johnson 2007:7; Thomas 2002:31 y 2001:169-170).

¿Qué es, por tanto, el paisaje? Sin duda, un concepto relativamente reciente que, como suele ocurrir, solo se entiende si se analiza su larga historia pre-

1 <https://dle.rae.es/?id=RT6QMKS>

2 <https://es.wikipedia.org/wiki/Paisaje>

3 https://www.google.com/search?q=paisaje&source=lnms&tbm=isch&sa=X&ved=0ahUKEwi5y5Lr1b7iAhWy1eAKHWw2B1MQ_AUIDigB&biw=1280&bih=864

cedente. Ya el mundo clásico comenzó a moldearlo a través de la literatura pastoril, muestra de lo cual son imágenes tan potentes como el *genius loci* o el *locus amoenus*, desarrollados poéticamente por figuras como Teócrito, máximo representante heleno de la bucólica, que influirá profundamente en la concepción filosófica y poética de la relación entre el ser humano y su entorno, tal y como se expresa en la elegía romana (Johnson 2007:5; Tuan 1974:107).

Un ejemplo muy citado de la idealización de la naturaleza en el mundo clásico lo encontramos en las *Églogas* de Virgilio. Mientras que algunos autores percibieron en ellas, sobre todo, un mundo maravilloso de fuentes rumorosas y campos plácidos (Panofsky 1955:295-300; Snell 1953), otros han señalado elementos más realistas de las mismas, como las referencias a las nefastas consecuencias de la guerra sobre la vida de los campesinos y la prosperidad de sus tierras (Brisson 1966; Weeda 2015:58-83). De hecho, ambas percepciones coexisten, siendo la guerra y la destrucción aparejada la que provoca la añoranza de mundos perfectos, perdidos en un pasado irrecuperable, que se expresan a través de imágenes aparentemente naturales y que, sin embargo, esconden una profunda carga política y moral.

El ideal augusteo, defendido en parte también por Virgilio, era una reactualización del modelo de ciudadano-soldado republicano encarnado en figuras como Cincinato, quien, según la tradición (Liv. III 26-29), araba sus tierras personalmente, en contacto íntimo con la naturaleza, cuando fue requerido por el estado para salvar Roma del ataque de los ecuos. Cincinato no es un campesino normal, sino un modelo elitista, unido a la ideología aristocrática ciudadana y militarizada que se representa como superior en todos los aspectos a la economía pastoril y del bosque, asociada a las clases inferiores y degradada moralmente por ello (Traina 1992:62), puesto que se supone que es aquella, y no estos, quienes permiten la paz y la prosperidad humanas (Galinsky 1996:96). Aunque la oposición campo-ciudad que enfatizan estas ideas no es cierta a ningún nivel (ni económico, ni social, ni político, ni militar, ni intelectual), como no lo son las visiones edulcoradas que ofrecen los poetas o las pinturas de paisajes idílicos propios del período tardo-republicano y augusteo, todas ellas funcionan como herramientas de control político de las elites, radicadas en una cultura urbana (Barrell y Bull 1974; Martindale 1997:109-118; Schama 1995:546; Traina 1992:47-83).

A pesar de la evidente influencia clásica, el trazado de esa imagen hermosa (unida a la Naturaleza, pero no equiparable absolutamente con ella) con la que hoy en día se suele relacionar el paisaje es un constructo que arranca con fuerza del Renacimiento y se consolida en la Ilustración y, sobre todo, en el Romanticismo.

Desde los siglos XV-XVI, el paisaje se entiende, en primera instancia, como una representación visual del mundo que sigue un proceso de desarrollo lógico, al tiempo que estético en su formulación. Durante el Renacimiento y parte



del Barroco la lógica impera sobre la estética, lo que conduce a procedimientos de apropiación pragmática del espacio basados en técnicas de ordenación y catalogación que tuvieron un gran éxito en la época de las exploraciones y la conquista de los territorios atlánticos y americanos, tales como la geometría, la perspectiva, la proyección y, especialmente, la cartografía, etc. Por el contrario, a partir de finales del siglo XVIII, la estética se impone a la lógica, como se advierte especialmente durante el Romanticismo, época en la que el paisaje pasa a concebirse como una experiencia vital en la que la Naturaleza (una especie de entelequia filosófico-espiritual) se expresa en su relación con el ser humano a través de espacios inmensos, fuerzas desatadas, claroscuros imposibles y pintoresquismo.

Como no podía ser de otro modo teniendo en cuenta los principios del Romanticismo, el paisaje romántico es una mezcla de contradicciones. Por un lado, defiende el auge de lo popular, de lo pintoresco, reivindicando una comprensión de la Naturaleza, más por parte de quienes están en contacto directo con ella (campesinos, pastores...) que por quienes la diseccionan en sus laboratorios o la rentabilizan desde sus despachos. Por otro, los principios de filosofía moral y política que los intelectuales encuentran en el paisaje no hacen sino reforzar una estructura social, marcadamente piramidal, en la que el mundo rural tiene por finalidad última el servicio a una burguesía urbana para la que la Naturaleza se comprende como un inmenso festín de posibilidades económicas cuyo orden (natural, por supuesto) legitima el orden social que los sitúa a ellos en la cúspide y a los ignorantes campesinos, equiparados en su incultura con los obreros levantiscos, en la base (Cosgrove 1985:58; Ingold 1997; Lemaire 1997:7; Jackson 1986; Meinig 1979:34-35; Mitchell 1994:6-7; Tuan 1974:105).

Representante de esta contradicción es, por ejemplo, el insigne poeta William Wordsworth (1770-1850). Declarado admirador de la naturaleza en su conjunto, pero especialmente de los paisajes locales olvidados o menospreciados por un esnobismo muy urbanizado, concibe, sin embargo, dichos paisajes como un producto nacionalista, imbuidos de un misticismo esteticista y, por momentos, misticado que solo puede ser aprehendido en su complejidad por sensibilidades cultivadas difíciles de hallar fuera de los ambientes intelectuales que eran, en un círculo vicioso, quienes desarrollaban las políticas conservacionistas dedicadas a ensalzarlos y mantenerlos prístinos frente a los usos tradicionales, considerados muchas veces burdos y poco respetuosos (Johnson 2007, 18-33). Sin duda, Wordsworth conoció bien la Inglaterra rural, especialmente el Distrito de los Lagos, que popularizó y elevó a alturas poéticas, pero es mucho más dudoso que llegara a entender realmente las problemáticas del campesinado inglés, más pendiente y dependiente de las condiciones materiales de su existencia que del alma humana extasiada por la belleza de los campos.

La unión del paisaje con el nacionalismo está también presente en el Romanticismo político de todo el proceso constituyente estadounidense, que combinó con maestría determinadas lecturas grecorromanas sobre política y *physis* con los intereses del momento (Martínez Maza 2013). Así, no es en absoluto casualidad que los líderes norteamericanos emplearan la figura de Cincinato, antes mencionada, como símbolo del ciudadano-granjero que tanto peso tiene, aún hoy en día, en el imaginario estadounidense, especialmente en la Norteamérica más tradicional. La autoproclamada «Sociedad de los Cincinatos» convirtió en su guía al antiguo cónsul romano y le equiparó con el héroe de la Independencia y primer presidente de la Unión, George Washington, en cuyo honor fue fundada la ciudad de Cincinnati. Por su parte, el tercer presidente de los EEUU, Thomas Jefferson, defendía unos principios filosóficos, morales y pragmáticos de corte clasicista que abogaban por lo natural del paisaje frente a la artificiosidad de lo humano, principios que plasmó en su hogar, Monticello, construido en el estado de Virginia en lo alto de una montaña. El hogar reflejaba el sistema esclavista y segregacionista sureño, al tiempo que el ideal de comunión con la naturaleza cultivada que sobre él se sostenía y que Jefferson antepuso incluso a la riqueza de la nación, pues consideraba que la verdadera alma norteamericana radicaba en la comunión controlada del hombre blanco (su racismo es bien conocido) con la naturaleza.

En este breve recorrido por la evolución del paisaje y lo paisajístico podemos ya advertir que una de las características intuitas o expresadas claramente a lo largo de la historia occidental, y que se mantiene hoy tan viva como hace siglos, es que el paisaje se considera natural, ajeno al ser humano en cuanto que este solo puede relacionarse con él desde lo dado, desde lo que existía con anterioridad; es por ello que la capacidad humana de transformación es limitada, puesto que, al no ser el paisaje un constructo, escapa a la acción humana y a sus posibilidades de transformarlo.

En las últimas décadas filósofos, historiadores, arqueólogos, paisajistas, biólogos y un largo etcétera de profesionales han insistido hasta la saciedad en que el paisaje es una construcción cultural compleja y no una realidad natural simple puesto que, pese a estar conformado por elementos biológicos (aunque no solo), en ocasiones (pero no siempre) preexistentes, estos son manipulados, percibidos y convertidos en significativos por las culturas humanas. Partiendo de estos principios, es obvio que, en realidad, la separación entre Naturaleza y Cultura carece de sentido y su sostenimiento solo responde a intereses de legitimación política, económica, social, moral, religiosa y filosófica que no se encuentran en todas las culturas humanas y/o no de la misma forma, pero sí expresamente en la nuestra (Bradley 1994:95-96 y 1991b:135; Johnson 2007:4; Mitchell 1994:6-9), y que podemos rastrear y analizar (Baker 1989; Bender 2001; Cosgrove 2006 y 1985; Duncan y Duncan 1988:123-125; Ingold 1997 y 1993; Lemaire 1997; Tilley 2006:19; Von Maltzhan 1994). El juego de los opuestos categóricos (la Naturaleza



como madre nutricia y amante vs el ser humano depredador o la humanidad como víctima propiciatoria vs la naturaleza como bruja destructora...) solo nos aleja de la comprensión de la diversidad y la complejidad.

Si el paisaje fuera solo natural, no habría diferencia alguna entre, por ejemplo, cómo concibe la Amazonia un pueblo que habite en ella a un industrial maderero brasileño y, obviamente, las diferencias son trascendentes, es más, irreconciliables. Disciplinas como la Arqueología del paisaje, la Geografía de la percepción, la Hermenéutica, la Semiótica o la Fenomenología postmoderna nos han ayudado a comprender y estudiar estas diferencias en la construcción de paisajes por parte de las diferentes sociedades humanas y tienen aún mucho potencial para seguir haciéndolo. Obviamente, es un potencial subversivo y poco acomodaticio, lo que supone dificultades y contratiempos, pero es el camino para comprender el paisaje de un modo inclusivo y activo, como una forma heideggeriana de ser en el mundo (y no solo de ser), de habitarlo y construirlo y aprehenderlo pleno de realidades complejas que no se comprenden en la polarización, sino en la interacción de sus elementos. Por eso, porque es un constructo vivo, activo, cambiante y maleable que no se circunscribe a la materialidad física ni al biologismo, podemos afirmar que tan paisaje es Madrid como Garajonay, las Vegas como el Cañón del Colorado, los olores de la infancia como una favela brasileña, porque paisaje no implica naturaleza opuesta a cultura o vacío frente a construcciones monumentales, ni campo contra ciudad ni materialidad frente a percepción, sino integración y construcción activa de lo social.

2. El paisaje en el siglo XXI: posibilidades de análisis desde la Arqueología del paisaje

¿Qué es entonces el paisaje? El paisaje es un concepto inclusivo y activo, una red de interrelaciones que implica una forma de ser en el mundo (no solo de ser), de habitarlo, construirlo y percibirlo. Como red que es, no puede equipararse simplemente con el espacio, el lugar o el territorio (lo cual ocurre a menudo, incluso en los usos científicos del concepto), sino que parte de ellos para constituirse en el proceso de interacción entre los elementos. Por eso implica no solo lo tangible, ni solo lo simbólico, sino el resultado de las interrelaciones entre ambas realidades y sus aspectos constituyentes, construyéndose en la conexión de aspectos muy variados que el positivismo empiricista ha tendido a separar en cajones estancos, pero que, en la vida real, están profundamente entrelazados: políticos, económicos, sociales, geológicos, religiosos, filosóficos, sociológicos, biológicos, etc. Lejos de la concepción de que el todo se explica por la suma de las partes y que dichas partes son objetivables en sus cualidades catalogables y/o mensurables (forma, tamaño, color, textura, dimensión, peso, etc.), las co-

rientes postprocesuales se acercan al paisaje no como suma de partes, sino como resultado de la interacción cambiante entre ellas (Tilley 2004a:12). Esto implica que no hay esencia alguna en el paisaje (ni física ni simbólica), pues el paisaje vive en el cambio permanente que implica su relación con los contextos en los que se crea y transforma. El paisaje es, pues, pura relacionalidad.

Esta concepción del paisaje vivo y cambiante, sujeto (y no objeto de estudio), culturizado en lo que tiene de construcción humana y desnaturalizado no porque se le nieguen sus características físicas, geológicas o biológicas, sino en cuanto que se reconoce su mutabilidad cultural, entronca con la visión de la Historia y la Arqueología como análisis de procesos y no de realidades dadas y, por ello, ofrece un sinfín de posibilidades de análisis. Resulta imposible abarcarlas todas, así que voy a centrarme concretamente en dos, bien porque cubran un ámbito olvidado o silenciado, bien por la relevancia de su estudio para el desarrollo científico y social, por la importancia de los resultados que están ofreciendo ya o por los que puede suponerse que llegarán a ofrecer y, en última instancia, porque nos acercan más a la comprensión cultural del paisaje y, por lo tanto, a su desnaturalización.

2.1. Paisaje, tiempo y memoria

Como antes decíamos, el paisaje se asocia tradicionalmente al espacio y eso ha mermado considerablemente la capacidad holística y relacional del concepto y ha aumentado su supuesto esencialismo natural porque el tiempo, que es tan importante en la configuración del paisaje como el espacio mismo, y que tiende a comprenderse más en clave cultural que naturalista, ha sido obviado o minimizado al hablar de paisaje. Sin embargo, sin la interrelación entre espacio y tiempo no existiría el paisaje porque ambas son coordenadas inseparables del proceso de construcción histórica en el que este se encuadra. Tan sustancial es el tiempo para el paisaje que Barbara Bender, reconocida arqueóloga del paisaje, ha definido el tiempo como la materialización del paisaje (Bender 2002:103). Esta autora no habla del tiempo cronológico, del mensurable, del entendido de forma uniforme, lineal y cronometrable, sino de un tiempo vivo, humano, emocional, plenamente histórico y contextual y, por lo tanto, flexible y subjetivo que no sigue una lógica lineal, ni tampoco principios de producción capitalista, y que se define por los fenómenos internos y las relaciones entre ellos y no respecto a referentes externos objetivados (Bailey 2007 y 1987:12; Bradley 2002:5-6; Bender 2002; Chapman 1997: 31; Ingold 1993; Leone 1978; Lucas 2005; McGlade 1999:143-145 y 156; Shanks y Tilley 1987a:39-40 y 1987b:125-127; Shaw 2013:7; Thomas 1996:55-82; Tuan 1977:118-135).

Comprender las diferencias que existen entre una y otra forma de definir el tiempo es fácil con ejemplos sencillos. Tomemos una medida básica de tiempo,



el minuto. ¿Es un minuto en la vida de un enfermo terminal igual que en la de un adolescente que espera el final de las clases? Obviamente no, como tampoco es lo mismo un minuto del que espera despreocupado que uno del que lo mide con cronómetro en mano. No se trata de enfrentar ambos significados, sino de comprenderlos distintos y otorgar a cada uno su valor, puesto que tanto la medición externa como el significado interno son elementos que configuran paisaje. La fijación objetiva y exacta del momento (las 23:45, las 21:09 o las 15:36...) no aclara el contexto en mayor medida que el análisis de las emociones desplegadas, solo lo aclara de una forma distinta que, hasta ahora, ha sido la elegida por la ciencia en detrimento de cualquier otra, puesto que la cuantificación externa de la realidad se ha considerado más fiable que la subjetividad que también contribuye a crearla.

No se trata, pues, de jerarquizar aspectos de la realidad y considerar a unos más fiables que otros, sino de estudiar dicha realidad en todas sus variantes y en su complejidad, partiendo del principio de que las categorías cerradas no engloban todos los matices de los problemas históricos. De hecho, a pesar de que la categorización (cronológica, tipológica, funcional...) es una piedra angular de los estudios arqueológicos e históricos a la que resulta muy difícil renunciar, su utilidad para comprender la realidad es muy relativa, precisamente porque cercena esa realidad simplificándola para que nos resulte más sencillo estudiarla. El tiempo abstracto y categorizado con el que solemos trabajar los historiadores y arqueólogos está mucho más cerca de la sociedad occidental contemporánea, capitalista e industrializada, que de cualquier objetividad que invoquemos, pero, sin embargo, se ha considerado universal y aséptica (Bradley 1991a:209; Lucas 2005:14-25; Shanks y Tilley 1987a:33-34 y 1987b:125-32).

Si aceptamos que el paisaje es histórico y contextual y, por tanto, cultural y espacio-temporal, no podemos circunscribir su estudio a su materialidad geológica ni analizarlo solo desde herramientas diseñadas para analizarlo como un objeto inerte y mensurable. Técnicas como el GIS o la teledetección son verdaderamente útiles cuando se emplean para conocer una materialidad geológica que puede trascenderse, no cuando se limitan a categorizar y describir, puesto que los mismos elementos físicos pueden dar lugar a muy distintos paisajes dependiendo de la cultura que los construya (Cardete 2005:2; Given 2004:165-167; Meier 2006:19; Schama 1995:61; Thomas 2001:176-177 y 1996:65-66; Tilley 2010:477).

Tomemos, por ejemplo, el caso de los ríos. Obviamente, el río no es una construcción humana de tipo físico, pero sí lo es, sin duda, a nivel social. Su espacialidad mensurable resulta evidente y puede medirse su cauce y reproducirse su recorrido en un mapa (que no deja de ser una interpretación mental de la realidad material). Pero el río también es un espacio simbólico que no se mide en kilómetros ni se circunscribe únicamente a su curso, puesto que se extiende a espacios colindantes y a otros que no tienen una realidad física (por ejemplo,

a los espacios celestiales y al inframundo), pero sí forman parte del paisaje cultural. Además, el río es también tiempo: el que se tarda en cruzarlo puede medirse, pero no tanto el que, por ejemplo, lo conecta con los dioses y con los momentos primigenios. Por lo tanto, un río no es una mera línea, ni solo un curso de agua, ni un simple hito físico. El río cobra una especial dimensión en las más diversas sociedades y no solo por el uso económico que se le asigne o por la evidente ventaja que ofrece al establecimiento humano proveyendo de agua, recursos y desplazamiento. Además, tiene una inmensa capacidad generadora. Marca límites, pero también zonas de inclusión, que desarrollan un sentido de la pertenencia y de las relaciones espacio-temporales. El río, por tanto, es una forma inapelable para una sociedad de habitar (es decir, hacer suyo, construir) plenamente un espacio y convertirlo en paisaje en el proceso, y no se limita pasivamente a ser reflejo de la misma, sino que se relaciona dialécticamente con ella impulsando vías de cambio social (Bender 2002:104; Cardete 2016:27-48; Chapman 1997:31; Children y Nash 1997:2; Criado, Santos y Villoch 2001:170; Ingold 1993:156; Jackson 1997:249-254; Tilley 1994:31; Witcher 1998; Zedeño y Stoffle 2003:59-65; Zvelebil y Benes 1997:25).

En la tendencia a naturalizar y espacializar el paisaje está muy presente la creencia de que el paisaje, en gran medida, permanece estático, con pocas variantes debidas a la acción humana, pero que no terminan nunca de modificar la esencia. Esta idea de la permanencia espacio-temporal del paisaje es una entelequia producida por la equiparación entre materialidad, espacialidad y paisaje. Sin duda, resulta muy útil para mantener el *statu quo* al tiempo que se calma el miedo al cambio, por lo que se utiliza con frecuencia desde el poder para crear lecturas de la realidad que se tildan de «tradicionales» y que se basan en la igualación entre los significantes y los significados, más aún cuando los significantes se monumentalizan y se emplean como armas de legitimación.

Un ejemplo más que conocido de este proceso es el de Stonehenge. Hoy en día tenemos claro que los megalitos de Stonehenge se remontan a finales del Neolítico y, por lo tanto, en el momento de su construcción respondieron a necesidades propias de esa época. Buena parte de los megalitos (el significante) se han mantenido en pie a lo largo de los siglos, pero, obviamente, no podemos afirmar que su sentido (significado) se haya preservado idéntico para las distintas sociedades que lo han tenido en cuenta, ni tampoco que todo lo que en algún momento ha significado o continúa significando Stonehenge se encuentre inscrito en sus piedras. Por lo tanto, Stonehenge ha cambiado profundamente, puesto que, aunque su aspecto físico sea similar, no lo son en absoluto sus implicaciones, ni las sensaciones o emociones que genera y que, obviamente, no son materiales. Sin embargo, en el imaginario popular existe una conexión inalienable entre el pasado remoto (que muchos no sitúan en el Neolítico, sino que asocian a unos supuestos pueblos celtas intemporales) y el presente más inmediato, como si nada hubiese cambiado. De hecho, la página de Visit Britain,

referencia turística oficial de Reino Unido, dice de Stonehenge lo siguiente: «Uno de los monumentos ingleses más emblemáticos, no cabe duda de que Stonehenge ha resistido el paso del tiempo. Una reliquia de la Edad de Piedra, el método de construcción sigue siendo un misterio, pero abundan leyendas de todo tipo»⁴. El monumento que resiste al paso del tiempo y la reliquia de la Edad de Piedra no tienen absolutamente nada que ver con el Stonehenge neolítico, ni con el de la Edad del Bronce o la época romana, sino con el nuestro, que considera un valor inalienable la perennidad y que iguala esta con la ausencia de cambio y la inmanencia.

Una de las ventajas que obtenemos de esta falsa manera de pensar el paisaje como realidad dada, perenne y natural es que facilita mucho la configuración de lo que podríamos llamar memoria colectiva (Alcock 2002:28; Bradley 1993:91 y 1991a y b; Chapman 2009:13; Connerton 1989; Forbes 2007:40-41; Holtorf 1987; Klein 2000; Nash 1997:23-24; Nora 1997; Scarre 2011; De Polignac y Scheid 2010:433). Lejos de lo que solemos pensar, la memoria no se configura en el pasado, sino en un presente que pretende construir el pasado, en los sentimientos, las sensaciones y las emociones generadas por el mismo en el presente a través de sus hitos reconocidos, «lugares de memoria» siguiendo la terminología de Pierre Nora (1997) que, como el propio Stonehenge, construyen sensación de pertenencia y posesión (Alcock y Van Dyke 2003:5-6; Ashmore y Knapp 1999:160; Bradley 2003:222-225; Chapman 2009:10; Children y Nash 1997:1; Holtorf 1987:49 y 55-57; Lovell 1998; Tilley 2006:23-27; Van Dyke 2008:277-278).

Esta memoria, tan temporal como espacial, resulta muy útil como agente legitimador, puesto que facilita la ocultación y/o justificación de las desigualdades sociales y amplifica los discursos dominantes hasta conseguir que tanto los monumentos como los discursos aparejados a ellos se transformen en sujetos naturalizados que no solo reflejan, sino que también construyen, relaciones de poder (Barret 1994; Bradley 1987:4; Lyon Crawford 2007:38-39; Rowlands y Tilley 2006:511; Tilley 2006:27; Van Dyke 2008:278-279; Yoffee 2007:1-2).

Este proceso se encuentra, por ejemplo, en los numerosos monumentos a los soldados desconocidos que pueblan la geografía europea. Dichos enclaves transmiten con fuerza la noción de nación, entendida como la tierra materna que nutre a sus hijos para que luego luchen y mueran, si es necesario, por ella. Es un concepto que se hace pasar por sencillo, natural y atávico (como si la nación hubiese existido siempre, como si se tratase de un hecho consustancial a la existencia humana y no admitiera réplica ni cambio, puesto que se formula *in illo tempore*, mucho antes de que los desgraciados humanos que ahora la pueblan, e incluso sus más lejanos ancestros, existieran) y que, sin embargo, esconde profundas relaciones de poder y jerarquización, empezando por el contraste que supone con las tumbas individualizadas de los grandes líderes, continúan-

4 <https://www.visitbritain.com/es/es/stonehenge> (consultado el 14/06/2019).

do por la obediencia al poder establecido que conmemoran y finalizando por la presión que se tiende a ejercer sobre aquellos que se niegan a reconocer esos enclaves como lugares a venerar. Por no hablar del mimo con el que se cuidan dichos monumentos frente al olvido en el que caen los soldados que sobreviven a la guerra, pero quedan marcados por ella para siempre.

2.2. Paisaje e identidad

El esencialismo y la ancestralidad aparejados a la identidad por las tesis primordialistas y el uso sesgado que los movimientos políticos nacionalistas han hecho de las mismas marcaron los esquemas de análisis espacio-temporales aplicados al estudio de la identidad durante todo el siglo XIX y buena parte del XX. La crítica al estatismo esencialista, a esa naturalización cultural a la que venimos refiriéndonos, llegó de la mano de los llamados constructivistas o instrumentalistas.

Partiendo de la base de que la identidad es una construcción humana y, por lo tanto, mutable, el instrumentalismo consideró erróneo que el pensamiento científico asumiera las creencias esencialistas reivindicadas por los propios grupos identitarios y/o étnicos que estudiaba y defendió, desde un principio (Barth 1969) que los constructos identitarios son sociales y, por lo tanto, flexibles y móviles, y que se adecúan no a esencias arcanas, sino a necesidades sociales contextuales (Bari 2002; Brubaker 2008:64-87; Comaroff y Comaroff 1992:74-77; Crielaand 2009:37-39; Derks y Roymans 2009:1; De Vos y Romanucci-Ross 1982; Díaz-Andreu y Lucy 2005:2; Eidheim 1969; Emberling 1997:306-307; Eriksen 1993:54-58; Fernández Götz 2014a:29, 2014b:175, 2013; Hall 2002, 1997, 1996:4 y 1995; Hodos 2010:11; Insoll 2007:6; Jenkins 1997:13; Jones 1999:224 y 227 y 1997:13 y 120; Jones y Graves-Brown 1996; McInerney 2014; Pohl y Mehofer 2010:10-11; Rowlands 1994:132-136; Siapkas 2014 y 2003:41-46 y 175-206; Tilley 2006:8-13). Por supuesto, ello no impide que dichos grupos tiendan a considerar sus características como naturales y ahistóricas (Brubaker 2008:84-85; Brubaker y Cooper 2000; Jones 2008, 2007, 1999, 1998, 1997 y 1996). La identidad, por tanto, en todas sus variantes y formulaciones, es una práctica social a la que podríamos atribuir un carácter performativo, puesto que construye el entorno, no se deja simplemente modelar por él (Butler 1999:178-180; Mattingly 2010:287).

La identidad se expresa de muy diversas maneras, tanto hacia dentro del grupo, para reforzar los lazos de intimidad entre los miembros, como hacia fuera, para marcar la diferencia con los otros e insistir en la igualdad en el nosotros. Los llamados indicios de identidad son todos aquellos rasgos que contribuyen a la construcción de la identidad para una sociedad y que, por tanto, los investigadores utilizamos para analizarla. Son infinitos, cada sociedad marca los propios, desde la lengua a la religión pasando por la gastronomía, los tabúes



sexuales, la historia compartida, ciertos rasgos físicos, tradiciones, rituales, costumbres, preferencias estéticas y/o estilísticas, formas de organización familiar y/o social, etc. Muchos de ellos son evidentes y bien visibles, pero otros muchos son apenas percibidos.

Precisamente para estudiar estos últimos, en especial los arqueólogos, antropólogos, historiadores y sociólogos han recurrido a teorías de corte filosófico que han encontrado un amplio reconocimiento en los estudios de identidad, especialmente el *habitus* bourdiano, siendo capital a este respecto la obra de Sian Jones, *The archaeology of ethnicity: constructing identities in the past and in the present* (Londres, 1997; de la misma autora ver también 2008, 2007, 1999 y 1998), que trasladó los presupuestos bourdianos a la arqueología con considerable éxito, aunque no fuera la primera. Muy importante también, aunque menos citada, es la teoría de la práctica de De Certeau, brillantemente trasladada al ámbito de la identidad griega por Siapkas (2003). Ambos trabajos evidencian (porque, aunque pueda parecer extraño, aún necesita evidenciarse⁵) que la Arqueología está en perfectas condiciones científicas para analizar procesos discursivos como la identidad y que el uso para ello de teoría no es en absoluto un demérito, sino el resultado de un complejo proceso de reflexión intelectual sobre lo simbólico que la Arqueología puede llevar a cabo por derecho propio, puesto que entender el registro material de una manera exclusivamente física, negándole su naturaleza discursiva, no es un problema de la disciplina, sino de los críticos de la misma (Antonaccio 2010: 34-37; Boissinot 1998; Crielaand 2009:39; Díaz-Andreu y Lucy 2005; Dietler y Herbich 1994; Emberling 1997; Fernández Götz 2014a:29-39, 2013; Gassowski 2003; Insoll 2007; Jones 2008, 2007, 1998, 1997 y 1996; Jones y Graves Brown 1996; Knapp 2014; Lamberg-Karlovsky 1998; Meskell 2007 y 2001; Morgan 2001; Morris 1998; Pohl y Mehofer 2010; Shennan 1994; Siapkas 2014:74-75; Urbanczyk 2003).

Entre los indicios de identidad que no se han tenido especialmente en cuenta hasta hace relativamente poco, y en los que la Arqueología se ha abierto camino rápidamente, destacan todos los relativos a los modos de percepción sensorial, que entrarían dentro de las llamadas «prácticas incorporadas». Frente a las «prácticas inscritas» (públicas, generalmente muy visibles y defendidas abiertamente desde el poder), las «prácticas incorporadas» se mueven en un ámbito más elusivo, puesto que se experimentan en mucha mayor medida de lo que pueden intelectualizarse. Los modos en los que el cuerpo ve, oye, huele, siente o percibe no suelen considerarse características culturales y, por tanto, tienden a excluirse de los procesos de análisis de la identidad. Sin embargo, son vitales para conformar una forma de ver el mundo que vincule a unas personas entre sí (Nosotros) y las separe, e incluso llega a enfrentarlos, a los Otros y, por

5 La capacidad de la Arqueología para estudiar procesos identitarios fue muy cuestionada, por ejemplo, por Hall (1998, 267 y 1997:111-142), aunque el propio autor, ante el revuelo ocasionado, matizara sus opiniones (vid. Hall 2002:22-24; ver también Luraghi 2014:216-217 y, en la misma línea, aunque menos firme, por Derks y Roymans (2009:3).

lo tanto, tienen mucho más de culturales que de naturales (Alcock y Van Dyke 2003:4; Barret 2001:154; Bradley 2002:12; Chamberlain 2006; Chapman 2009:10; Connerton 1989; De Certeau 2000; Garwood 1991:13; Meskell 2007:218; Rowlands 1993).

Incluso cuando estas formas de interacción con el mundo han sido estudiadas, se han concebido desde postulados muy estrechos, privilegiando la vista sobre cualquier otra forma de percibir, hasta el punto de desarrollar principios piramidales de ordenación de las experiencias sensoriales como el atribuible a Lorenz Oken (1779-1851), para quien la jerarquización racial iba unida a la organización sensorial, siendo el africano, especialmente volcado hacia lo táctil, la parte más baja de la escala cultural, seguido por el aborigen australiano, muy unido al sabor, el indio americano, apegado en mayor medida al olor, el asiático, en el que destacaría su capacidad auditiva y, por último, en la cúspide de la pirámide, el hombre blanco occidental y su privilegiada relación con lo visual (cfr. Howes 2005:11).

No obstante, si partimos de la base, ya defendida por la Fenomenología moderna, de que el proceso de construcción perceptiva implica una relación contingente, contextual y reflexiva entre sensación y cognición (Frieman y Gillins 2007:8), entonces dicha relación no puede, de ningún modo, limitarse en exclusiva a la vista, sino que tiene que extenderse a todos los sentidos y al órgano sensorial por antonomasia: el cuerpo entero, entendido como un conjunto de experiencias y relaciones que conectan con otros cuerpos, sean estos humanos, animales o inanimados (Borić y Robb 2008; Fowler 2011:142-146 y 2008:48-49; Hamilakis, Pluciennik y Tarlow 2002:2-3; Meskell 1996; Tilley 2010:26-39, 2006:22-29, 2004a:1-31 y 2004b; Whitehouse 2001:161).

De hecho, es la interrelación sensorial la que otorga pleno sentido a la expresión «habitar el paisaje» (en un sentido vívido y no sólo físico) y va más allá del típico dualismo racionalista que separa mente y cuerpo para situar a esta en una posición claramente superior y dotada de credibilidad mientras que aboca a aquel a un grado de desarrollo inferior y a una escasa o nula fiabilidad. El paisaje se habita porque se percibe y dicha percepción es, de nuevo, una construcción cultural que cambia según los intereses y valores, móviles y flexibles en sí mismos, de cada sociedad, razón por la cual algunos estudiosos de las percepciones sensoriales consideran que debemos partir de una premisa inicial: los sentidos no son naturales, sino complejos y muy elaborados discursos culturales (Harris y Flohr Sorensen 2010:147; Howes 2005:3-10). Por supuesto, esto no implica la negación de la biología corporal, sino simplemente su inserción en una realidad más amplia y compleja en la que lo biológico adquiere sentido cultural (Fowler 2008:48; Smith 2012; Strathern 1990; Thomas 2002:32-33) y los seres humanos construyen paisajes a través de sus sentidos, no sólo de sus mentes o de sus cuerpos entendidos en aislamiento (Classen 2005, 1993; Feld 2005; Forbes 2007:32-33; Frieman y Gillings 2007; Gell 1995; Harris y Flohr 151;



Howes 2005:6-11; Thomas 2008:301-302; Tilley 2010:27-28, 2006:22-25, 2004a:1-16, 2004b:78-80 y 1994:13).

3. Conclusiones

Podemos afirmar con seguridad que el paisaje no es un concepto estático, mucho menos descriptivo y, desde luego, no se limita a elementos biológico-geológicos y, por lo tanto, no puede equipararse, en ningún caso, a la naturaleza, incluso aunque concibiéramos esta (que no lo hacemos) como una entidad autónoma separada de la cultura. Por el contrario, el paisaje es una compleja, flexible y cambiante construcción cultural que, para ser comprendido en todas sus dimensiones históricas, como un verdadero proceso social pleno de realidades políticas, económicas, religiosas, filosóficas, éticas o estéticas, tiene que ser desnaturalizado, es decir, comprendido como una construcción y no como algo dado y difícilmente modificable. Ello implica revertir siglos de tradición occidental que han concebido el paisaje como escenario y lo han separado de las realidades mutables, consagrándolo como realidad dada y, por ello mismo, mucho más manipulable, puesto que se entiende natural, cuasi divina.

Sin embargo, la reflexión teórica sobre el paisaje, sobre todo desde principios postmodernos aplicados a la Arqueología, nos permite analizar en profundidad la flexibilidad del paisaje, su capacidad discursiva, su infinita adaptabilidad a un mundo en el que la oposición naturaleza-cultura deja de tener sentido, puesto que tanto la una como la otra, y la misma oposición entre ellas, no dejan de ser construcciones humanas contextuales.

El paisaje así entendido es un continuo fluir de posibilidades de análisis, puesto que nos ofrece relacionalidad, contextualidad, sujetos activos, procesos constructivos, significación, percepción, simbolismo e historicidad. 🌿

Bibliografía

- ALCOCK, S. (2002). *Archaeologies of the Greek past: landscapes, monuments and memories*, Cambridge.
- ALCOCK, S. and VAN DYKE, R. M. «Archaeologies of memory: an introduction» in ALCOCK, S. E. and VAN DYKE, R. M. (eds.) *Archaeologies of memory*, Oxford, 2003, 1-13.
- ANTONACCIO, C. (2010). «(Re)defining ethnicity: culture, material culture and identity» in HALES, S. and HODOS, T. (eds.) *Material culture and social identities in the Ancient World*, Cambridge: 32-53.
- ASHMORE, W. and KNAPP, A. B. (1999). *Archaeologies of landscape: contemporary perspectives*, Malden.
- BAILEY, G. (1987). «Breaking the time barrier», *Archaeological Review from Cambridge, Time and Archaeology*, 6 (1): 5-20.
- BAILEY, G. (2007). «Time perspectives, palimpsest and the Archaeology

- of time», *Journal of Anthropological Archaeology*, 26: 198-223.
- BAKER, A. R. H. (1989). «Introduction: on ideology and landscape» in BAKER, A. R. H. and BIGER, G. (eds.) *Ideology and Landscape in historical perspective*, Cambridge, 1-14.
- BARI, M. C. (2002). «La cuestión étnica: aproximación a los conceptos de grupo étnico, identidad étnica, etnicidad y relaciones interétnicas», *Cuadernos de Antropología Social*, 16: 149-163.
- BARRELL, J. and BULL, J. (1974) (eds.). *The Penguin Book of English Pastoral Verse*, London,
- BARRELL, J. and BULL, J. (2001). «Introduction» in BENDER, B. and WINER, M. (eds.) *Contested landscapes: movement, exile and place*, Oxford, 1-18.
- BARRETT, J. C. (1994). *Fragments from Antiquity: an Archaeology of social life in Britain, 2900-1200 BC*, Oxford.
- BENDER, B. (2002). «Time and landscape», *Current Anthropology*, 43 (4), 103-112.
- BARTH, F. (1969) (ed.) *Ethnic groups and boundaries: the social organization of culture difference*, Oslo, 1969.
- BOISSINOT, P. (1998). «Que faire de l'identité avec les seules méthodes de l'archéologie?» in D'ANNA, A. and BINDER, D. (eds.) *Production et identité culturelle: actualité de la recherche. Actes de la deuxième session, Arles (Bouches-du-Rhône, 8 et 9 novembre 1996)*, Antibes, 17-26.
- BORIĆ, D. and ROBB, J. (2008). «Body theory in Archaeology» in BORIĆ, D. and ROBB, J. (eds.) *Past bodies: body-centred research in Archaeology*, Oxford, 1-6.
- BRADLEY, R. J. (2003). «The translation of time» in ALCOCK, S. E. and VAN DYKE, R. M. (eds.) *Archaeologies of memory*, Oxford, 2003, 221-227.
- BRADLEY, R. J. (2002). *The past in prehistoric societies*, London-New York.
- BRADLEY, R. J. (2000). *An Archaeology of natural places*, London.
- BRADLEY, R. J. (1994). «Symbols and signposts –understanding the prehistoric petroglyphs of the British Isles» in RENFREW, C. and ZUBROW, E. B. W. (eds.) *The ancient mind: elements of Cognitive Archaeology*, Cambridge, 95-106.
- BRADLEY, R. J. (1993). *Altering the Earth: the origin of monuments in Britain and continental Europe*, Edinburgh.
- BRADLEY, R. J. (1991a). «Ritual, time and history», *World Archaeology*, 23 (2): 209-219.
- BRADLEY, R. J. (1991b). «Monuments and places» in GARWOOD, P., JENNINGS, D., SKEATES, R. and TOMS, J. (eds.), *Sacred and profane*, Oxford, 135-140.
- BRADLEY, R. J. (1987). «Time regained: the creation of continuity», *Journal of the British Archaeological Association*, 140: 1-17.
- BRISSON, P. (1966). *Virgile: son temps et le nôtre*, Paris.
- BRUBAKER, R. (2004). *Ethnicity without groups*, Cambridge.
- BRUBAKER, R. and COOPER, F. (2000). «Beyond 'identity'», *Theory and society*, 29 (1): 1-47.
- BUTLER, J. (1999). *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*, New York.
- CARDETE, M. C. (2016). *El dios Pan y los paisajes pánicos. De la figura divina al paisaje religioso*, Sevilla.
- CARDETE (2005). *Paisajes mentales y religiosos de la frontera suroeste arcadia: épocas arcaica y clásica*, Oxford.
- CHAMBERLAIN, M. A. (2006). «Symbolic conflict and the spatiality of traditions in small-scale societies», *Cambridge Archaeological Journal*, 16 (1): 39-51.
- CHAPMAN, J. (2009). «Notes on memory-work and materiality» in BARBIERA, I., CHOYKE, A. M. and RASSON, J. A. (eds.) *Materializing memory: archaeological*



- material culture and the semantics of the past, Oxford, 7-16.
- CHOYKE, A. M. and RASSON, J. A. (1997). «Place as timeless -the social construction of prehistoric landscapes in Eastern Hungary» in NASH, G. (ed.) *Semiotics of landscape: Archaeology of mind*, Oxford, 31-45.
- CHILDREN, G. and NASH, G. (2008). «The Archaeology of semiotics and the social order of things» in NASH, G. and CHILDREN, G. (eds.) *The Archaeology of semiotics and the social order of things*, Oxford, 1-8.
- CLASSEN, C. (2005). «The witch's senses: sensory ideologies and transgressive femininities from the Renaissance to modernity» in HOWES, D. (ed.) *The empire of the senses. The sensual culture reader*, Oxford-New York, 70-84.
- COMAROFF, J. L. and COMAROFF, J. (1992). *Ethnography and the historical imagination*, Boulder.
- CONNERTON, P. (1989). *How societies remember*, Cambridge.
- COSGROVE, D. (2006). «Modernity, community and the landscape idea», *Journal of Material Culture*, 11 (1-2): 49-66.
- COSGROVE, D. (1985) «Prospect, perspective and the evolution of the landscape idea», *Transactions of the Institute of British Geographers*, 10, 1985, 45-62.
- CRIADO, F., SANTOS, M. and VILLOCH, V. (2001). «Forms of ceremonial landscapes in Iberia from the Neolithic to Bronze Age. Essay on an Archaeology of perception» in BIEHL, P., BERTEMES, F. and MELLER, H. (eds.) *The Archaeology of cult and religion*, Budapest, 169-178.
- CRIELAAND, J. P. (2009). «The Ionians in the Archaic period. Shifting identities in a changing world» in DERKS, T. and ROYMANS, N. (eds.) *Ethnic constructs in Antiquity: the role of power and tradition*, Amsterdam, 37-84.
- DE CERTEAU, M. (2000). *La invención de lo cotidiano. Vol. I. El arte de hacer*, México.
- DE POLIGNAC, F. et SCHEID, J. (2010). «Qu'est-ce qu'un "paysage religieux"? Représentations culturelles de l'espace dans les sociétés anciennes Avant-propos», *Revue de l'histoire des religions (Qu'est-ce qu'un "paysage religieux"? Représentations culturelles de l'espace dans les sociétés anciennes)*, 227 (4), 427-434.
- DERKS, T. and ROYMANS, N. (2009). «Introduction» in DERKS, T. and ROYMANS, N. (eds.) *Ethnic constructs in Antiquity: the role of power and tradition*, Amsterdam, 1-10.
- DE VOS, G. and ROMANUCCI-ROSS, L. (1982) (eds.) *Ethnic identity: cultural continuities and change*, Chicago.
- DÍAZ-ANDREU, M. and LUCY, S. (2005). «Introduction» in DÍAZ-ANDREU, M., LUCY, S., BABIŃ, S. and EDWARDS, D. N. *The Archaeology of identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*, London-New York, 1-12.
- DIETLER, M. and HERBICH, I. (1994). «Ceramics and ethnic identity: ethnoarchaeological observations on the distribution of pottery style and the relationships between the social contexts of production and consumption» in *Terre cuite et société, La céramique, document technique, économique, culturel, Actes des rencontres 21-22-23 octobre 1993, XIV Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Histoire d'Antibes*, Juan-les-Pins: 459-472.
- DUNCAN, J. and DUNCAN, W. (1988) «(Re) reading the landscape», *Environment and planning. Society and space*, 6 (2): 117-126.
- EIDHEIM, H. «When ethnic identity is a social stigma» in BARTH, F. (1969) (ed.) *Ethnic groups and boundaries: the social organization of culture difference*, Oslo: 39-57.
- EMBERLING, G. (1997). «Ethnicity in complex societies: archaeological perspectives»,

- Journal of Archaeological Research*, 5 (4): 295-344.
- ERIKSEN, T. H. (1993). *Ethnicity and nationalism. Anthropological perspectives*, London.
- FELD, S. (2005). «Places sensed, senses placed. Towards a sensuous epistemology of environments» in HOWES, D. (ed.) *The empire of the senses. The sensual culture reader*, Oxford-New York, 179-191.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (2006). *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*, Barcelona.
- FERNÁNDEZ GÖTZ, M. (2014a). *De la familia a la etnia. Protohistoria de la Galia oriental*, Madrid, 2014a.
- FERNÁNDEZ GÖTZ, M. (2013-2014b). «Etnicidad y Arqueología: viejas propuestas, nuevas perspectivas», *Kalathos*, 26-27, 19-40.
- FERNÁNDEZ GÖTZ, M. (2013). «Revisiting Iron Age Ethnicity», *European Journal of Archaeology*, 16 (1): 116-136.
- FORBES, H. (2007). *Meaning and identity in a Greek landscape. An archaeological ethnography*, Cambridge.
- FOWLER, Ch. (2011). «Personhood and the body» in INSOLL, T. (ed.) *Oxford handbook of the Archaeology of ritual and religion*, Oxford, 133-150.
- FOWLER, Ch. (2008). «Fractal bodies in the past and in the present» in BORIC, D. and ROBB, J. (eds.) *Past bodies: body-centred research in Archaeology*, Oxford, 47-57.
- FRIEMAN, C. and GILLINGS, M. (2007). «Seeing is perceiving?», *World Archaeology*, 39 (1): 4-16.
- GALINSKY, K. (1996). *Augustan Culture. An Interpretative Introduction*, Princeton/New Jersey.
- GASSOWSKI, J. (2003). «Is ethnicity tangible?» in HARDT, M., LÜBKE, Ch. and SCHORKOWITZ, D. (eds.) *Inventing the pasts in North Central Europe. The national perception of Early Medieval History and Archaeology*, 9-13.
- GELL, A. (1995). «The language of the forest: landscape and phonological iconism in Umeda» in HIRSCH, E. and O'HANLON, M. (eds.) *The Anthropology of landscape*, 232-254.
- GIVEN, M. (2004). «From density counts to ideational landscapes: intensive survey, phenomenology and the Sydney Cyprus Survey Project» in ATHANASSOPOULOS, E. F. and WANDSNIDER, L. A. (eds.) *Mediterranean archaeological landscapes: current issues*, Philadelphia, 165-182.
- HALL, J. (2002). *Hellenicity. Between ethnicity and culture*, London.
- HALL, J. (1997). *Ethnic identity in Greek antiquity*, Cambridge.
- HALL, J. (1995). «Approaches to ethnicity in the early Iron Age of Greece» in SPENCER, N. (ed.) *Time, tradition and society in Greek Archaeology. Bridging the «Great Divide»*, London, 6-17.
- HAMILAKIS, Y., PLUCIENNIK, M. and TARLOW, S. (2002) «Introduction: thinking through the body» in HAMILAKIS, Y., PLUCIENNIK, M. and TARLOW, S. (eds.) *Thinking through the body. Archaeologies of corporeality*, New York-Boston-Dordrecht-London-Moscow, 1-21.
- HARLEY, J. B. (1992). «Rereading the maps of the Columbian encounter», *Annals of the Association of American Geographers*, 82: 522-42.
- HARRIS, O. J. T. and FLOHR SØRENSEN, T. (2010). «Rethinking emotion and material culture», *Archaeological Dialogues*, 17 (2): 145-163.
- HODOS, T. (2010). «Local and global perspectives in the study of social and cultural identities» in HALES, S. and HODOS, T. (eds.) *Material culture and social identities in the Ancient World*, Cambridge, 3-31.



- HOLTORF, C. J. (1997). «Megaliths, monumentality and memory», *Archaeological Review from Cambridge, An archaeological assortment*, 14 (2): 45-66.
- HOWES, D. (2005) (ed.) *The empire of the senses. The sensual culture reader*, Oxford-New York, 1-17.
- INGOLD, T. (1997). «The picture is not the terrain. Maps, paintings and the dwelt-in-world», *Archaeological Dialogues. Dutch perspectives on current issues in Archaeology* 4 (1): 29-31.
- INGOLD, T. (1993). «The temporality of the landscape», *World Archaeology*, 25 (2): 152-174.
- INSOLL, T. (2007). «Introduction. Configuring identities in Archaeology» in INSOLL, T. (ed.) *The Archaeology of identities*, London-New York, 1-18.
- JACKSON, J. B. (1997). *Landscape in sight. Looking at America*, New Haven.
- JENKINS, R. (1997). *Rethinking ethnicity: arguments and explorations*, London.
- JOHNSON, M. (2007). *Ideas of landscape*, Oxford.
- JONES, S. (2008). «Ethnicity: theoretical approaches, methodological implications» in BENTLEY, R. A., MASCHNER, H. D. G. and CHIPPINDALE, C. (eds.) *Handbook of archaeological theories*, Lanham-New York-Toronto-Plymouth, 321-333.
- JONES, S. (2007). «Discourses of identity in the interpretation of the past» in INSOLL, T. (ed.) *The Archaeology of identities*, London, 44-58.
- JONES, S. (1999). «Historical categories and the praxis of identity: the interpretation of ethnicity in historical texts» in FUNARI, P. P. A., HALL, M and JONES, S. (eds.) *Historical Archaeology. Back from the edge*, London-New York, 219-232.
- JONES, S. (1998). «Ethnic identity as discursive strategy: the case of the Ancient Greeks», *Cambridge Archaeological Journal*, 8 (2), 1998, 271-273.
- JONES, S. (1997). *The Archaeology of ethnicity: constructing identities in the past and in the present*, London.
- JONES, S. (1996). «Discourses of identity in the interpretation of the past» in GRAVES-BROWN, P., GAMBLE, C. and JONES, S. (eds.) *Cultural identity and Archaeology: the construction of European communities*, London, 62-80.
- JONES, S. GRAVES-BROWN, P. (1996). «Introduction. Archaeology and cultural identity in Europe» in GRAVES-BROWN, P., GAMBLE, C. and JONES, S. (eds.) *Cultural identity and Archaeology: the construction of European communities*, London, 1-24.
- KLEIN, K. L. (2000). «On the emergence of memory in historical discourse», *Representations*, 69, 127-150.
- KNAPP, A. B. (2014). «Mediterranean Archaeology and ethnicity» in McINERNEY, J. (ed.) *A companion to ethnicity in the Ancient Mediterranean*, Malden-Oxford, 34-49.
- LAMBERG-KARLOVSKY, C. C. (1998). «Politics and Archaeology. Colonialism, nationalism, ethnicity and Archaeology», *The Review of Archaeology*, 19 (1): 35-44.
- LEMAIRE, T. (1997). «Archaeology between the invention and destruction of landscape», *Archaeological Dialogues. Dutch perspectives on current issues in Archaeology* 4 (1): 5-21.
- LEONE, M. (1978). «Time in American Archaeology» in REDMAN, C. L. et alii (eds.) *Social Archaeology: beyond subsistence and dating*, New York, 25-36.
- LOVELL, N. (1998). *Locality and belonging*, London-New York.
- LUCAS, G. (2005). *The Archaeology of time*, London-New York.
- LURAGHI, N. (2014). «The study of Greek ethnic identities» in McINERNEY, J. (ed.) *A companion to ethnicity in the Ancient Mediterranean*, Malden-Oxford, 213-227.

- LYON CRAWFORD, K. (2007). «Collecting, defacing, reinscribing (and otherwise performing) memory in Ancient World» in YOFFEE, N. (ed.) *Negotiating the past in the past. Identity, memory and landscape in archaeological research*, Tucson, 10-42.
- MARTINDALE, Ch. (1997) (ed.). *Green Politics: the Eclogues in The Cambridge Companion to Virgil*, Cambridge.
- MARTÍNEZ MAZA, C. (2013). *El espejo griego. Atenas, Esparta y las ligas griegas en la América del periodo constituyente [1786-1789]*, Barcelona.
- MATTINGLY, D. (2010). «Cultural crossovers: global and local identities in the Classical World» in HALES, S. and HODOS, T. (eds.) *Material culture and social identities in the Ancient World*, Cambridge, 283-295.
- McINERNEY, J. (2014). «Ethnicity. An introduction» in McINERNEY, J. (ed.) *A companion to ethnicity in the Ancient Mediterranean*, Malden-Oxford, 1-16.
- MEIER, T. «On landscape ideologies: an introduction» in MEIER, T. (2006) (ed.). *Landscape ideologies*, Budapest, 11-50.
- MESKELL, L. (2007). «Back to the future: from the past in the present to the past in the past» in YOFFEE, N. (ed.) *Negotiating the past in the past. Identity, memory and landscape in archaeological research*, Tucson, 215- 226.
- MESKELL, L. (1996). «The somatization of Archaeology: institutions, discourses, corporeality», *Norwegian Archaeological Review*, 29 (1): 3-16.
- McGLADE, J. (1999). «The times of history: Archaeology, narrative and non-linear causality» in MURRAY, T. (ed.) *Time and Archaeology*, London, 139-163.
- MEINIG, D. W. (1979). «The beholding eye. Ten versions of the same scene» in MEINIG, D. W. (ed.) *The interpretation of ordinary landscapes*, Oxford, 33-48.
- MITCHELL, W. J. T. (1994). «Imperial landscapes» in MITCHELL, W. J. T. (ed.) *Landscapes and power*, Chicago-London, 5-34.
- MORGAN, C. (2001). «Ethne, ethnicity and early Greek states, ca. 1200-480 b. C.: An archaeological perspective» in MALKIN, I. (ed.) *Ancient perceptions of Greek ethnicity*, Washington, 75-112.
- MORRIS, I. (1998). «Words and things», *Cambridge Archaeological Journal*, 8 (2): 269-270.
- NASH, G. (1997). «Monumentality and the landscape: the possible symbolic and political distribution of long chambered tombs around the Black Mountains, Central Wales» in NASH, G. (ed.) *Semiotics of landscape: Archaeology of mind*, Oxford, 17-30.
- NORA, P. (1997) (ed.). *Les lieux de mémoire*, 3 vols., Paris.
- PANOFSKY, E. (1955). «Et in Arcadia ego: Poussin and the Elegiac Tradition» in PANOFSKY, E. (ed.) *Meaning in the Visual Arts*, New York.
- POHL, W. and MEHOFER, M. (2010) (eds.) *Archaeology of identity / Archäologie der Identität*, Wien.
- ROWLANDS, M. (1994). «The politics of identity in Archaeology» in BOND, G. C. and GILLIAM, A. (eds.), *Social construction of the past: representation as power*, London, 129-143.
- ROWLANDS, M. and TILLEY, Ch. (2006). «Monuments and memorials» in TILLEY, Ch., KEANE, W., KÜCHLER, S., ROWLANDS, M. and SPYER, P. (eds.) *Handbook of material culture*, London, 500-515.
- SCARRE, C. (2011). «Monumentality» in INSOLL, T. (ed.) *Oxford handbook of the Archaeology of ritual and religion*, Oxford, 9-23.
- SCHAMA, S. (1995). *Landscape and memory*, London.
- SHANKS, M. and TILLEY, Ch. (1987a). «Abstract and substantial time»,



- Archaeological Review from Cambridge, *Time and Archaeology*, 6 (1): 32-41.
- SHANKS, M. and TILLEY, Ch. (1987b). *Social theory and Archaeology*, Oxford, 1987b.
- SHAW, J. (2013). «Archaeology of religious change: introduction», *World Archaeology*, 45 (1): 1-11.
- SHENNAN, S. J. (1994) (ed.). *Archaeological approaches to cultural identity*, London.
- SIAPKAS, J. (2014). «Ancient ethnicity and modern identity» in McINERNEY, J. (ed.) *A companion to ethnicity in the Ancient Mediterranean*, Malden-Oxford, 66-81.
- SIAPKAS, J. (2003). *Heterological ethnicity: conceptualizing identities in Ancient Greece*, Uppsala.
- SMITH, K. (2012). «From dividual and individual selves to porous subject», *The Australian Journal of Anthropology*, 23 (1): 50-64.
- SNELL, B. (1953). «Arcadia: the Discovery of a Spiritual Landscape» in SNELL, B. 8ed.) *The Discovery of the Mind. The Greek Origins of the European Thought*, Oxford, 279-309.
- STRATHERN, M. (1990). *The gender of the gift: problems with women and problems with society in Melanesia*, Berkeley.
- TILLEY, Ch. (2010). *Interpreting landscapes. Geologies, topographies, identities. Explorations in Landscape Phenomenology* 3, Walnut Creek.
- TILLEY, Ch. (2006). «Introduction. Identity, place, landscape and heritage», *Journal of Material Culture*, 11 (1-2): 7-32.
- TILLEY, Ch. (2004a). *The materiality of stone: explorations in Landscape Phenomenology*, Oxford-New York.
- TILLEY, Ch. (2004b). «Mind and body in landscape research», *CAJ*, 14 (1): 77-80.
- TILLEY, Ch. (1994). *A phenomenology of landscapes. Places, paths and monuments*, Oxford.
- THOMAS, J. (2008). «Archaeology, landscape and dwelling» in DAVID, B. and THOMAS, J. (eds.) *Handbook of Landscape Archaeology*, Walnut Creek, 300-306.
- THOMAS, J. (2002). «Archaeology's humanism and the materiality of the body» in HAMILAKIS, Y., PLUCIENNIK, M. and TARLOW, S. (eds.) *Thinking through the body. Archaeologies of corporeality*, New York-Boston-Dordrecht-London-Moscow, 2002, 29-45.
- THOMAS, J. (2001). «Archaeologies of place and landscape» in HODDER, I. (ed.) *Archaeological theory today*, Cambridge, 2001, 165-186.
- THOMAS, J. (1996). *Time, culture and identity: an interpretative Archaeology*, London-New York.
- TRAINA, G. (1992). *Ambiente e paesaggi di Roma Antica*, Roma.
- TUAN, Y. F. (1977). *Space and place. The perspective of experience*, London.
- TUAN, Y. F. (1974). *Topophilia: a study of environment perception. Attitudes and values*, New Jersey.
- URBANCZYK, P. (2003). «Do we need Archaeology of ethnicity?» in HARDT, M., LÜBKE, Ch. and SCHORKOWITZ, D. (eds.) *Inventing the pasts in North Central Europe. The national perception of Early Medieval History and Archaeology*, 43-49.
- VAN DYKE, R. M. (2008). «Memory, place and the memorialization of landscape» in DAVID, B. and THOMAS, J. (eds.) *Handbook of Landscape Archaeology*, Walnut Creek, 277-284.
- VON MALTZAHN, K. (1994). *Nature as landscape: dwelling and understanding*, Montreal-Buffalo.
- WEEDA, L. (2015). *Vergil's Political Commentary in the Eclogues, Georgics and Aeneid*, Warsaw/Berlin.
- WHITEHOUSE, R. D. (2001). «A tale of two caves. The Archaeology of religious experience in Mediterranean Europe» in BIEHL, P., BERTEMES, F. and MELLER, K. (eds.) *Archaeology of Religion in the Mediterranean*, Berlin, 11-24.



- H. (eds.) *The Archaeology of cult and religion*, Budapest: 161-167.
- WITCHER, R. (1998). «Roman roads: phenomenological perspectives on roads in the landscape» in FORCEY, C., HAWTHORNE, J. and WITCHER, R. (eds.) *TRAC97: Proceedings of the Seventh Annual Theoretical Roman Archaeology Conference, Nottingham 1997*, Oxford, 60-70.
- YOFFEE, N. (2007). «Peering into the palimpsest. An introduction to the volume» in YOFFEE, N. (ed.) *Negotiating the past in the past. Identity, memory and landscape in archaeological research*, Tucson, 1-9.
- ZEDEÑO, M. N. and STOFFLE, R. W. (2003). «Tracking the role of pathways in the evolution of a human landscape. The St. Croix Riverway in ethnohistorical perspective» in ROCKMAN, M. and STEELE, J. (eds.) *Colonization of unfamiliar landscapes: the Archaeology of adaptation*, London-New York, 59-80.
- ZVELEBIL, M. and BENES, J. (1997). «Theorising landscapes: the concept of the historical interactive landscape» in CHAPMAN, J. and DOLUKHANOV, P. (eds.) *Landscape in flux. Central and Eastern Europe in Antiquity*, Oxford, 23-40.